

LOS REINOS DEL VIENTO

César Augusto Ayala Poveda*

Premio Nacional de Cuento Asmedas 1983.

"Soy inocente de todo, salvo de mi desgracia".

Robert Louis Stevenson

SULANDA era para esa época una sucesión de casas blancas en actitud de espera. De calles empedradas, gastadas por el paso de innumerables generaciones, talladas por el viento de las madrugadas. De ruinas superpuestas, silencios minerales, líquenes sobre la bermeja piel de sus entejados y ánimas en pena como en todos los pueblos del altiplano. Sus gentes apenas si se percibían en el correr de los años, en los óbitos obligados y en las conflagraciones naturales. En sus entrañas la paz de los araucarios, la senectud del sa-

mán, dominando los confines de la plaza fuerte y más allá, el silencio asfixiante en el bar de Zenobia, desde cuyo umbral podía contemplarse la saga secular de sus cimientos y sus repliegues del olvido.

Era en esa época...

Pero un día, un día cuando corrían los años de sed por las minерías, en Sulanda comenzaron a dibujarse, como surgidos de las sombras, figuras inusitadas de forasteros que venían a explotar los azogues. Eran de soberbios ademanes, hábitos herméticos y tenían conocimientos extraordinarios, a tal punto que fueron creando recelos entre los lugareños y los indígenas de la sierra, quienes no volvieron a dejar ver sus rostros

de arcilla, ni sus plúmas de oropéndolas. Entonces los mercados dominicales con sus vendedores de hilazas de colores, peteretes, perfumes de alhelí, objetos sin nombre y remedios primitivos, se fueron transformando en mercados de dinamita, fluidos sulfurosos y colimadores de montañas. Frente a la invasión desaparecieron los bazares de alegría, las venturinas y percales y llegaron los primeros hoteles y la primera empresa de transportes.

A la forma contemplativa de vida le sucedió la agitación telúrica del cinabrio. La paz de la espadaña y los monosílabos perpetuos se fueron ahogando entre los muros calcinados y las hendiduras de calicanto. Así cada quien medía atrincherado los movimientos del otro, calculaba los pensamientos del vecino y del forastero. Las mujeres que no conocían las infidelidades, ni los amoríos turbulentos, sólo las tibias sábanas de la tradición y el respeto, fueron aprendiendo las artes modernas y las sutilezas del buen vivir. Progresivamente se abrieron las puertas de las casas, se conocieron los días de diversión y los lugares de ofrecimiento, los juramentos y las traiciones. Era ya imposible creer que los domingos de otros años, fray María reuniera en el ala izquierda de la iglesia a los hombres, y en el ala derecha a las mujeres con sus pañoletas luctuosas. Les iba examinando las aljófaras de sus rosarios, el fervor y la humildad de la oración. "Fue como si todos hubieran olvidado la ira de Dios. Ninguna de aquellas tradiciones se volvieron a respetar. Los pasos del buen camino se olvidaron", solía repetir fray María años antes de su muerte. Los

hombres abandonaron las tertulias del mediodía bajo la monotonía de las cigarras y del tañido del ángelus y las abuelas encontraron refugio en el cinereo.

Manuel Poveda a la sazón del ocio y de sus virtudes de andariego, había renunciado desde hacía tiempo a sus intentos malogrados por el alfabeto y por el jornal de labradura y ahora husmeaba por el pueblo a la deriva. En esos tiempos lo llevaron a conocer el bermellón y le hablaron de sus riquezas y poderes ocultos. Así a las horas muertas le siguieron los días de escudriño entre los azogues y las explosiones, la violencia irreductible y el deseo de jugarse la vida al todo o al nada.

Fue entonces cuando aparecieron los gallos, los dados, las barajas de oro y el ron del caribe. Zenobia era el centro de gravitación y su progreso no tenía comparación. Dominaba el comercio de los gallos, de los licores y la noche. Se sentía muy orgullosa de ser propietaria de la mancebía más grande en toda la historia de Sulanda. Desde el mismo día en que la abrió para dar comienzo al jolgorio nunca hubo descanso y por el contrario, hubo más rebullicio y goce por las riñas de gallos, por los dados y las morenas impetuosas. Todo se resolvía allí, en el juego, en las espuelas o en el laudo supremo de los filos. Los forasteros se fueron instalando, se fueron confundiendo sin dejar señales. Asimismo aparecieron las manifestaciones más recientes de la invención y no era raro encontrar la última moda de la capital con los percales y las mantas adornando a las cortesanas de Sulanda. Se importó la

primera lámpara en cristales de bohemia para ser instalada en la gallera de Zenobia la halconera, como dieran en llamarla desde el día en que el progreso llegó a la región

Fue en medio de este ambiente de luces en que un día despertó Leonilde Portugal. Había llegado a la edad núbil, en la paz y en la inocencia de los arándanos, rodeada por los ventanales de esparto y por el canto elemental de la naturaleza. Desde el mismo momento de su aparición matinal hubo desazón entre los hombres de Sulanda, calenturas e interrogantes impredecibles. Todos supieron desde el principio que Leonilde mantendría en constante agitación al pueblo y que sólo en la gallera la suerte daría sus encantos al más fuerte.

Leonilde Portugal poseía una belleza taciturna. De sus ojos nocturnos emanaba la necesidad, la sed abrasadora de ser amada, el solaz desbordante y el fuego para bruñir el amor. Cada quien sentía la necesidad imperativa de poseerla. Al principio no hubo comentarios entre ellos, no había razones suficientes para la disputa o para ostentar la posesión de su belleza. Estaban convencidos de que sólo uno de ellos sería el vencedor. Habían aprendido a dirimir sus contiendas, sus diferencias en la gallera. Les satisfacía la idea recóndita de dejarla a la suerte de los gallos o de jugarla a los dados y por qué no a los puñales. Fue por ese entonces cuando Leonilde sintió los atrevimientos y las liviandades de los más poderosos de Sulanda. Hubo declaraciones idílicas y propuestas generosas y hasta amenazas que no encontraron al-

bergue en su corazón, sólo la firmeza para rechazar las aspiraciones febriles de los unos y las lágrimas desmedidas de los otros. Ella vivía por aquella época en la última casa del pueblo, allí donde terminaban los caminos. Encerrada en los muros de la indiferencia, bajo los narcisos del desamor y la pobreza, frente a la consagración de su castidad, esperaba tormentosamente la llegada del amante. El bareque y el calicanto, las puertas azules, la techumbre ruinosa y la escasez cotidiana, fueron las fronteras de aquel hogar formado por ella y por su madre Trinitaria Portugal. Las dos compartieron los días del olvido y la desesperación del menosprecio de las gentes de Sulanda.

Trinitaria Portugal era una mujer a quien el tiempo no había dejado huella. Anduvo por caminos sin más compañía que su sombra. En sus recuerdos no había más que orfandad y esa memoria de la venida al mundo de Leonilde. Ella fue el fruto de un amor que nunca soñó, que nunca conoció y que nunca gozó. Se entregó a un desconocido en el limo de la noche y fue un amor exiguo. Lo amó por su piel dulce, por su olor a matricarias.

Cuando todos en el pueblo se enteraron de la belleza desesperante de Leonilde Portugal, cada quien fue testigo de los acosos y de las propuestas serias que a diario se intentaban para conquistarla. Primo Marciales llegó por ejemplo a ofrecer la casona donde habitaban. Le prometió los más inusitados sentimientos de generosidad y él mismo le llevó perfumes orien-

tales, sedas y hasta un estalo de ébano.

Era Primo Marciales el benefactor de Sulanda. Había llegado con las primeras migraciones del cinabrio. Dominaba el mercado y la exportación. La mayoría de los habitantes de Sulanda lo consideraban despiadado y turbulento quizá por haber traído la perfidia de los gallos.

Trinitaria Portugal no comprendía cómo después de tantos años de miseria y desarraigo, de agravio cultivado y de malogrados intentos por demostrar su existencia, no lograba más que la indiferencia, y ahora, por los encantos de su hija, por los apetitos insatisfechos de la hombradía, se veía acosada por dádivas, visitas honorables y asaltos irracionales de los pretendientes de Sulanda. Así pervivió al lado de su hija y de los años en armonía con la naturaleza, pasó al estruendo y al halago que dejaron a su paso las visitas obligadas.

A principios de abril, Leonilde escondida tras los espartos y los rayos del sol matinal, vio por primera vez acercarse a Manuel Poveda. Lo vio grande y rudo. Lo vio hermoso y de mirada triste. Sintió su olor a matricarias. Se estremeció y advirtió que era feliz. Poco a poco supo que era a la postre uno más de los buscadores de suerte en las minas de cinabrio, sin más destino que los gallos y el desafuero que mostrara como única respuesta ante el orden que siempre quiso sojuzgarlo. Había nacido en Sulanda de padres y abuelos nacidos allí, enterrados allí, que batieron las tierras agrestes y construyeron el horno del quehacer coti-

diano, y que al final, después de la gesta, terminaron desterrados a los reinos del viento.

Los primeros signos claros de desasosiego general se advirtieron en los preparativos cuidadosos para las riñas de gallos que aquel sábado despertó más temprano a Sulanda. Todos comprendieron que ese día sería el difícil comienzo del debate y del ajuste de cuentas. Prepararon los gallos con espuelas mortales, terciaron los dados y dejaron el estigma en las cartas de las barajas. Hubo lámparas votivas al crucificado y promesas obligadas. Las calles de Sulanda en la soledad del viento, vieron discurrir a los hombres con destino al bar de Zenobia la halconera quien había hecho disponer hermosamente la gallera, las pistas para los dados y las mesas para las barajas. La música y el rojo lumbre de aceite de la estereofónica, se esparcía impregnando su ritmo en los muros, en las gesticulaciones de alborozo, que cada quien mostraba al llegar con el odre lleno de cuentas alegres.

Las minas de cinabrio conocieron por primera vez el abandono. Fray María inquieto vaticinó ante el silencio de las explosiones tiempos de grandes desgracias. Todos fueron sordos. Todos.

En medio del regocijo desfilaron mancebos indómitos y hombres de austero pedernal que dejaron sentir el desparpajo y sus ímpetus viriles. La fiesta comenzó cuando Primo Marciales desencajando el sombrero cano, tomó su puesto frente a las miradas respetuosas que infundía entre sus congéne-

res. Era una suerte de hombre providencial. Pidió licor para todos. Repartió la tibieza de sus manos entre los amigos y fueron sus palabras la advertencia tácita de sus deseos.

Era el día de los gallos, el día de las cartas, el día de la muerte. Zenobia la halconera con aire solemne depositó en el centro de la gallera un ramo de camelias para el vencedor, al tiempo que Primo Marciales daba comienzo a la función. Fue el alborozo general. La sangre manchó la arena. Los gritos frenéticos desbordaron el juicio. Sudor de locura, furia compartida, rito de goce y libación de muerte, constituyeron la comunión profunda de los participantes. Uno tras otro los gallos desfilaron, los gallos riñeron, los gallos murieron. Sólo los espolones victoriosos de los saraviados, picoteados y soberbios, empenachados de sangre, bellos e imposibles, bajo el ojo ágil de su dueño Primo Marciales, abandonaron invictos la gallera.

Todos sabían que Leonilde Portugal sería jugada. Se caldeaba el momento señalado. La suerte decidiría en los dados, en las barajas y sólo los vencedores dejarían su destino al albur de los gallos, bajo la mirada de los cuchillos que cada quien guardaba sigilosamente. Esta era la ley. Habría sangre como siempre la hubo. A los dados sucedieron las barajas, el ron del litoral, el odio y la derrota. Hubo quien no se atreviera al juego, quien no osara dejar su fortuna en las espuelas. Hubo en fin quien abandonara y siguiera el camino de la traición.

Manuel Poveda bravucón sabía que tendría que ganar la disputa.

No estaba dispuesto a perder a Leonilde. Siempre había perdido pero esta vez no sería igual. Su vida había sido una larga humillación pero ahora sería diferente. El día que conoció a Leonilde Portugal fue como si una revelación lo impulsara vertiginosamente a ella. Entonces la amó en la convulsión de su delirio. **Que sí... Que sí... mis caporales darán cuenta de los saraviados del viejo... Que sí... Que sí... te mataré... te ganaré en los dados... ahora me verás... pueblo que no me has dado más que derrotas... no he olvidado el garrote de la escuela ni el destierro a la milicia... ni las noches en la cárcel por ser pobre y querer lo que todos quieren a su amaño... no he olvidado nada... y ahora verás... Que sí... Que sí... Manuel Poveda comenzó mal en los dados sintió nudos en la garganta que logró deglutir con el ron y el coraje inusitado que puso para doblegar a sus adversarios. Tuvo entonces que apelar a victorias sutiles. Hubo muchos pares y ases temerarios y con lentitud fue marcando a sus derrotados con un estigma de amargura e impotencia. Sólo aquellos que eludieron sus dedos de azogue pasaron a los gallos. Sin embargo Manuel Poveda no era nadie para disputarse con Primo Marciales, a quien le bastaba una mirada para decidir la balanza de las espuelas. Hasta el momento el viejo tigre había sido el vencedor de las contiendas sin concesiones.**

Había por tanto las suficientes razones para pensar que Leonilde, por el amor y por los gallos sería entremés, apetitoso de primo Marciales. Así, en el fondo, muchos habían aceptado sin engaños esta

verdad, excepto un hombre: Manuel Poveda. Este hecho dividió la gallera en dos bandos.

Manuel Poveda animado por el resistero vespéral que aún hería la gallera, sentía los ríos turbulentos de sus venas y la convicción febril de ganar entre la fascinación de la muerte y el amor de Leonilde Portugal. En aquel momento disputó a la mujer en la manga del viento. Una y otra vez la ganó y la perdió en las pruebas de fuerza, una y otra vez compartió con sus rivales la frustración y la agonía de la liberación. Su pasado no había sido más que la suma de imágenes entretrejidas por el hambre y por los caminos sin esperanza. Ahora todo resultaba claro: ese amor, los dados, los gallos y las cuentas de su antiguo llanto eran como una colmena henchida de mieles que aliviaban su desazón.

A las cuatro de la tarde de aquel sábado de abril, Manuel Poveda y Primo Marciales dejaron atrás las barajas, los dados y las pruebas de fuego. Sólo dos hombres con sus gallos se enfrentaron. Sólo dos gallos y una suerte. El momento definitivo había llegado: era la cruz y la raya. Todos enmudecieron y el filo de las plumas quebró el rito. La contienda fue interminable. Sin concesiones los gallos llegaron al corazón. Con golpes maestros prolongaron su agonía y su gesta de muerte sin aceptar la derrota, hasta que al fin el grito de gracia de todos los presentes dio el indulto. Hubo ovación para los dueños de los gallos. Primo Marciales se maldijo al tiempo que mitigó la humillación con el ron que generosamente repartió a sus fieles. En la

gallera los tipleros tocaban bajo los araucarios. Zenobia envuelta en magníficos encajes bebía y lloraba de alegría. Cuando los gallos fueron retirados de la arena, la luna brilló en el filo de los puñales. Primo Marciales acariciaba en su vientre la hoja de acero. No tuvo dudas. Los gallos habían sido dignos y ahora él debía descender a la arena ensangrentada. Con una mirada invitó a Manuel a la danza de los puñales. Era el final. Las sombras caían. Los dados de la suerte estaban echados. En la arena se encontraban solos: lânguidos. Un sólo golpe entonces: hubo uno solo. No hubo más. El silencio quebró la gallera. El tiempo se detuvo. Primo Marciales se derrumbó: su frente era hermosa.

Para ese momento, Leonilde Portugal percibía el clamor de la gallera. Sabía que allí se disputaba su suerte. ¿Qué más daría que fuera de Primo Marciales si hasta su madre le había hecho señales de aprobación? En ese instante las primeras sombras atravesaron los espartos del alféizar y entonces lo vio: era Manuel como un río de sangre con lunas de muerte y soledad en su rostro. Llegó victorioso a la ventana, tan cerca de Leonilde como no lo estuvo jamás. Tenía los brazos abiertos como último gesto de su locura. Ella sintió su aroma a matricarias y el latido de su corazón.

Sulanda no era más que una sucesión de casas en actitud de espera. La soledad del samán y del viento que pasó sin tocar los muros del pueblo llevando los últimos gritos y risas, los silencios y sangres que abrieron cauces comunes en torno a la mancebía más

grande en toda la historia de Su-
landa.

Leonilde Portugal comprendió
entonces su soledad y se sintió
anegada por un profundo senti-
miento de irreconciliación. Perdió
a Manuel Poveda sin haberlo ju-
gado a los gallos ni a los pares de
dados. Manuel la había jugado a la
suerte y al ganarla lo perdió su
desgracia, sin haber comprendido

que le hubiera bastado una pala-
bra para obtener su amor, su
cuerpo y su destino.

Leonilde Portugal cerró los es-
partos de su ventana y lo vio por
última vez con un ramo de came-
lias iluminadas de sangre y de vic-
toria. Sólo en ese instante Manuel
Poveda tuvo la certidumbre de que
todo lo había perdido irremisiblemente ♦

*Médico de la Universidad Nacional de Colombia y de la
Universidad de París. Escritor ganador del premio nacional Asmedas
1983 y del concurso nacional de fotografía.

Hojas Universitarias al publicar este cuento le rinde un homenaje a
Asmedas y a su presidente Eduardo Arévalo Burgos.

